

“Lo importante es celebrar”. Con estas palabras, mes o menys, señalaba el poeta alemán Hölderlin en qué consistía el oficio del poeta en tiempos de miseria: en **cantar** la sacralidad de la vida. De esto sabía bastante Octavio Paz y a ello se dedicó con tesón el poeta zamorano Claudio Rodríguez, que celebró la vida con el got de **vi** y, sobre todo, con sus luminosos poemas. Su primer poemario (el autor tenía apenas 18 años) se titula “Don de ebriedad” y comienza de forma arrebatada con estos sublimes endecasílabos:

Siempre **la claridad** viene del cielo;
es un don: no se halla entre las cosas
sino muy por encima, y las ocupa
haciendo de ello vida y labor propias.

En su segundo libro (“Conjuros”) nos aclara que esta revelación de tono místico tiene su origen en el vino:

¡Nunca serenos! ¡Siempre
con vino encima! ¡Quién va a guardarlo ahora
que estamos en el pueblo y lo bebemos
en paz?

.....
¡Meted hoy en los ojos el aliento
del mundo, el resplandor del día!

.....
.....ya **los sentidos**
son **una luz** hacia lo verdadero.

Pablo Neruda, que ordena los poemas de su libro “Odas elementales” por orden alfabético, lo termina (¡qué casualidad!) en la letra uve con la oda al **vino**. Y después de decir maravillas como que

“El vino
mueve la primavera,
crece como una planta de alegría,
caen muros,
peñascos,
se cierran abismos,
nace el canto”

aparece el panerotismo del chileno con unas metáforas que hacen temblar el idioma:

“Amor mío, de pronto
tu cadera
es la curva colmada
de la copa,

tu pecho es el racimo,
la luz del alcohol tu cabellera,
las uvas tus pezones,
tu ombligo sello puro
estampado en tu **vientre** de vasija,
y tu amor la cascada
de vino inextinguible,
la claridad que cae en **mis sentidos**,
el esplendor terrestre de la vida”.

Claridad y claridad. Luz y luz. Sentidos y sentidos. ¡Qué casualidad!

Pero dejemos de lado elucubrar sobre estas dos vías de conocimiento y apuremos el poema de Neruda:

Amo sobre una mesa,
cuando se habla,
la luz de una botella
de inteligente vino.
Que lo beban,
que recuerden en cada
gota de oro
o copa de topacio
.....
que trabajó el otoño
hasta llenar las vasijas
y aprenda el hombre oscuro,
en el ceremonial de su negocio,
a recordar la tierra y sus deberes,
a propagar **el cántico** del fruto.

Y recordemos que el vino es un don, una gracia que, como la lluvia, nos viene del cielo y nos purifica. No nos escondamos y dejemos que nos empape y nos limpie como la lluvia hace con “ese hombre” del poema de “Lluvia y gracia” (“Conjuros”):

Comienza a llover fuerte, casi arrecia
y no le va a dar tiempo
a refugiarse en la ciudad.
.....

y

siente, muy en lo oscuro, que está limpio
para siempre

El poema, por cierto, comienza aixina:

Desde el autobús, lleno
de labriegos, de curas y de gallos,
al llegar a Palencia,
veo a ese hombre.

Bebamos, pues, por ese hombre que ha vuelto “a recordar la tierra y sus deberes” y propaguemos “el cántico del fruto”.

Manolo

For beber vino (W. Shakespeare)